

GREGORIO MARAÑÓN

EL MARQUÉS DE VALDECILLA



SANTANDER
1951

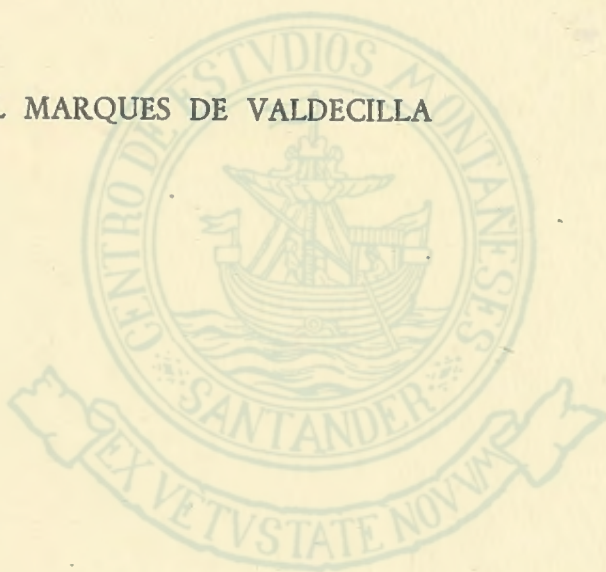
2128







EL MARQUES DE VALDECILLA





GREGORIO MARAÑÓN

EL MARQUÉS DE VALDECILLA



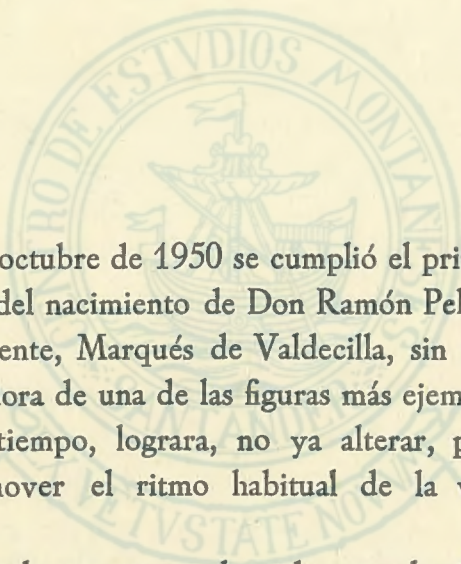
SANTANDER

1951





HOMENAJE AL MARQUÉS DE VALDECILLA



EL día 24 de octubre de 1950 se cumplió el primer centenario del nacimiento de Don Ramón Pelayo de la Torriente, Marqués de Valdecilla, sin que esta fecha, evocadora de una de las figuras más ejemplares de nuestro tiempo, lograra, no ya alterar, pero ni siquiera conmover el ritmo habitual de la vida del Estado.

Lo mismo suele ocurrir en la vida privada. Casi siempre terminamos por odiar, aunque sólo sea en lo profundo del subconsciente, a la persona a quien nos obligan sus constantes favores. La soberbia humana,

sobre todo la altiva soberbia española, no puede menos de rebelarse contra ese matiz inapreciable de sumisión que entraña el agradecimiento.

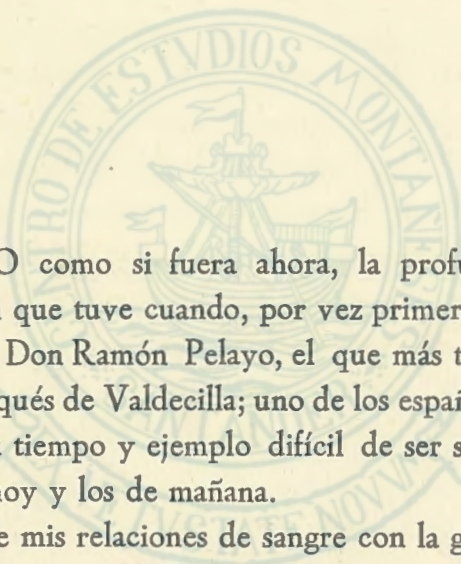
De ahí que sea éste una de las más puras manifestaciones del espíritu humano; de la posibilidad que tiene el hombre de evadirse de su propia materia y llegar, de alguna manera, a Dios. El agradecimiento puede ser, también, una forma sublime de amor al prójimo.

Como reconocimiento de la deuda de gratitud que aún tiene contraída la provincia de Santander, España entera, con el Marqués de Valdecilla —verdadero arquetipo de la raza—, se edita hoy el ensayo leído por el Doctor Marañón —colaborador generoso de toda noble empresa— en la velada que la Universidad de Madrid dedicó a la memoria del hidalgo montañés, en su Sala de Grados, el día 6 de noviembre de 1950.

Y, además, como testimonio de admiración y de afecto hacia los Marqueses de Pelayo, que han sabido heredar del Marqués de Valdecilla, no sólo sus grandes virtudes sociales, sino también los principios ideológicos, las convicciones políticas y religiosas que informaron su vida y su obra.

PABLO BELTRÁN DE HEREDIA

Santander, 28 de febrero de 1951. ~



RECUERDO como si fuera ahora, la profunda impresión que tuve cuando, por vez primera, vi y hablé a Don Ramón Pelayo, el que más tarde había de ser Marqués de Valdecilla; uno de los españoles más ilustres de su tiempo y ejemplo difícil de ser superado por los de hoy y los de mañana.

Por razón de mis relaciones de sangre con la gente montañesa, y porque siempre he tenido la preocupación del héroe civil, estaba al tanto de la vida extraordinaria de este gran varón, que para mí representaba, en su forma más noble y más completa, el reverso

admirable del español en España, que es el español fuera de España.

Es el español, como una moneda en cuyo anverso está acuñado todo lo que tiene de brillante y gloriosa, pero también de inquieta y de disolvente, su actuación pública; mas cuyo reverso, no siempre bien conocido, está en la oscura pero noble y eficaz tarea de los que, doloridos y confortados por la nostalgia, trabajan por la Patria desde tierras remotas.

Hasta que no se estudie a fondo la actuación de estos españoles, no se conocerá por completo nuestra psicología histórica. Porque, sobre todo en los últimos siglos, de penosa y agitada construcción de un Estado, que tiene que ser profundamente tradicional y que, a la vez, tiene que ser moderno, el español ausente ha estado, en cada momento de peligro o de inquietud, presente, con todo lo que tenía —con su ingenio, con su influencia, con su fortuna— y, sobre todo, con su patriotismo radical y con su visión moderna de la vida.

La ausencia de la Patria ha sido, desde siempre, la gran escuela del patriotismo verdadero. Pero esto, que es verdad para todos los hombres y que ya Séneca había proclamado con palabras inmortales, lo es especialmente para el español; el cual, por razones que ahora no sería oportuno inquirir, no sólo aprende el amor

desinteresado a España cuando la ve en la lejanía, sino que es en el dulce sufrimiento, o en el amargo gusto de la expatriación, cuando adquiere la plenitud de su conciencia de ciudadano español.

Con razón se han achacado a los españoles tres defectos, en los que se ha querido localizar, y yo lo creo exacto, la causa de nuestros contratiempos como nación. Estos tres colectivos defectos de la gran raza hispánica, fueron disecados, fibra a fibra, por aquellos hombres insignes de la generación del 98, a la que perteneció el Marqués de Valdecilla; por aquellos hombres a los que ya ha llegado la hora de no discutir, sino de estudiar y seguir; que dieron el ejemplo, raro en la Historia, de reaccionar ante una catástrofe colectiva, ni con pesimismos disolventes, ni con optimismos estrepitosos y vacíos, sino con un noble examen de conciencia, riguroso y creador, en el que no se perdonó ninguna de nuestras culpas, pero en el que se abrieron caminos de contrita y severa esperanza, que todavía hoy se pueden utilizar para seguir adelante.

Estos tres defectos del español, son la falta de continuidad en el esfuerzo; la poca aptitud para la colaboración, de lo cual nace, entre otras cosas, nuestra escasa capacidad para la producción científica, fruto casi siempre de lo que hoy se llama *el equipo*; y, por

fin, la sistemática indisciplina ante el artificio del Estado, el cual, si bien puede y debe ser criticado como toda humana creación, exige a su vez un respeto invariable, por cuanto, bueno o malo, simboliza, en cada momento, a la Patria.

Sin un caudal mínimo de las tres virtudes contrarias a estos defectos, no puede concebirse actualmente un país en marcha hacia el progreso. Sin una actividad ilimitada, sin un trabajo alegre, por la alegría de trabajar, antes que por la alegría de conseguir; sin un espíritu de colaboración para la obra suprema del crear desinteresado, del crear no para ser ricos ni famosos, sino para engrandecer a la Patria y a la Humanidad; sin un respeto disciplinado y eficaz para todo lo que el Estado es, independientemente a la adhesión o no adhesión a lo que ese Estado representa en el fugaz devenir de la política; sin que esas tres virtudes estén compartidas por una masa suficiente de ciudadanos, los pueblos sólo pueden avanzar a tropezones.

Y he aquí que esas tres virtudes, que deben nacer en el hombre moderno como nacen la cortesía, la limpieza, la lealtad y la tolerancia, es decir, con la misma naturalidad y la misma lógica inmodificables con que nace la rosa en el rosal, y que, por desdicha, son poco frecuentes en nuestro suelo, surgen en cambio, con

generosidad pasmosa, en el español que vive lejos de la Patria; lo mismo en el expatriado que cumple una misión nacional, que en el evadido por las persecuciones, o en el que voluntariamente fué a buscar lejos de la tierra el pan que no tenía, o la realización de un sueño de riqueza, o acaso, sin saberlo, la vida en un medio humano que le permitiera ser plenamente trabajador y creador y patriota.

Algún día se escribirá, repito, la historia del papel social de los españoles ausentes, y entonces se verá que fueron, una y otra vez, sostenes permanentes del artificio estatal; y, en momentos de peligro, como en varios del siglo pasado, puntales que evitaron que todo se viniera al suelo. El español ausente no ha regateado nunca a la Patria su consejo, su influencia, su talento o su fortuna; y, salvo casos excepcionales, no ha cometido nunca el error capital de posponer el interés supremo de su Patria a los intereses circunstanciales de sus preferencias políticas. Acaso esto no lo vean los que sólo han vivido dentro del edificio nacional, e ignoran que, como en las catedrales góticas, la alta y majestuosa nave no se tiene en pie por sí misma, sino gracias a los arbotantes y contrafuertes de fuera.

Los cronistas y los historiadores manejan unos cuantos modelos de héroes, transmitidos desde la anti-

güedad, y sólo con ellos han construído el censo arbitrario de los pobladores de los Campos Elíseos; pero hay otros muchos héroes que, sin gestos teatrales, han contribuído, con un esfuerzo mucho mayor, a la empresa fabulosa de hacer rodar el mundo. A esta especie pertenece el español fuera de España, providencial protagonista de muchas etapas graves de nuestra Historia; y, sobre todo, de muchas de sus horas felices, como las casi paradisíacas de los años medios de la Restauración. Y si quisiéramos elegir la figura simbólica y representativa de esos patriotas beneméritos, ninguno tendría más razones para merecerlo que el Marqués de Valdecilla, el centenario de cuyo nacimiento hemos venido a celebrar.

No puede hablarse de Don Ramón Pelayo nada más que como de un gran filántropo; ni siquiera, dada la magnitud de sus generosidades, como de un filántropo excepcional. Fué mucho más que todo esto, porque fué un espíritu henchido de caridad. Filantropía suena a cantidad; y la caridad es, ante todo, amor. Y, así, Don Ramón, que emuló a sus amigos, los multimillonarios de Norte América, en garbo para ceder sus millones al bien general, no lo hacía nunca sin que la mano que firmaba el cheque temblara estremecida de piedad. Aquella severidad de águila, que puso tanta nobleza en su rostro de

anciano y que ha quedado perdurablemente cincelada en el busto de Emiliano Barral, era con frecuencia, tan sólo, una máscara con la que disimulaba la emoción que, ante el dolor de los demás, le subía a los ojos, que se humedecían, y a la voz, que levemente temblaba.

Queda como testimonio visible de su amor a los que sufren, la Casa de Salud Valdecilla. Pero ese monumento ingente no sería nada, si pudiéramos contemplar reunidas las dádivas calladas con que, en el curso de su vida, fué enjugando esas otras desgracias y sufrimientos y desesperaciones que no se suelen ver.

Ejemplar fué su caridad. Pero yo creo que nadie de los que trataron al Marqués de Valdecilla dudará de que, en la misma medida que su compasión, tenía viva en el alma la egregia preocupación por el saber, por la cultura de los españoles. Sin duda, se encendió esa llama en su espíritu durante sus viajes por el mundo y, sobre todo, en sus estancias en América del Norte.

No cabe duda que la grandeza de este país estriba, más que en su magnitud geográfica y demográfica, en que, allí, la preocupación científica es una preocupación de todos. La ciencia, la enseñanza, la investigación, no son una función y una carga reservadas al Estado, sino espontáneo sentimiento en cada ciudadano. Cuando los europeos hacen la crítica de América del Norte,

casi siempre con más gracia que razón, olvidan este hecho fundamental: que en Europa la cultura es, casi totalmente, obra del Estado; en tanto que allí, el Estado, con ser espléndido, porque lo puede ser, apenas contribuye con una quinta parte del presupuesto de lo que en el país se invierte para enseñar y para descubrir.

Muchas veces vi en lugar preferente de la inolvidable casa de Valdecilla, allá en lo alto de un collado verde, frente al lejano mar, ruta del mundo; muchas veces vi el retrato de Don Ramón, departiendo con Henry Ford, prototipo del yanqui millonario y benemérito. Y no era casual la elección, porque Ford era, además, un soñador. No se olvide que él fué el que, con asombro de todos, escribió que el trigo no se debía moler en las fábricas, sino en los molinos de viento. Los molinos de viento debieron ser, en el fondo de sus conciencias, uno de los motivos de la amistad de Ford y de Valdecilla.

Aparece Don Ramón Pelayo, en esta significativa fotografía, como un hombre ya maduro; es decir, en la edad de la eficacia, ya en el alta mar de la vida, cuando se pone rumbo al definitivo destino. Y tras el rostro, siempre concentrado, del hidalgo montañés, no sin parecido con el de Don Quijote, me pare-

cía imaginar la gran aventura que, ya por entonces, se fraguaba en su pensamiento: que en España, como dijo Cajal —al que tanto admiró y del que fué también profundamente admirado, y puedo decirlo porque lo oí de labios del gran hombre de ciencia más de una vez—; que en España, al carro del progreso, le faltaba la rueda de la ciencia; de aquella ciencia que allí, en el país de Ford, era una rueda con alas para volar, como los talones de Mercurio. Y esa ciencia, fuerte y decisiva, no podía depender, como en los viejos países europeos, de un renglón de los presupuestos estatales, sino que tenía que ser obligación espontánea, caudalosa hasta el sacrificio, del patriotismo particular. Y había que salir al campo, lanza en ristre, y dar el ejemplo. Todas estas ideas debieron pasar por la mente de Don Ramón Pelayo, como cruzaron las quimeras maravillosas por la del hidalgo manchego.

Y, así, Don Ramón Pelayo, después de trabajar con el ímpetu y la constancia y la inteligencia con que trabaja el español fuera de España, soñó con que su esfuerzo se convirtiera en fuente de sabiduría. La región montañesa la pobló de escuelas; y hubiera poblado, de haber sido posible, a toda la Península. Mas no podía su ambición detenerse en ese afán nobilísimo del indiano corriente, que sueña con dotar, algún día, a su pueblo de

una Escuela digna y lujosa; ni podía contentarse siquiera con multiplicar el regalo a cuantos pueblos lo hubieran menester, ni con preocuparse de la calidad de los maestros y del bienestar material de los niños, que a todo esto alcanzó su conmovedor patriotismo, sino que aspiró a influir en la enseñanza universitaria con un sentido desconocido entre nosotros.

La fundación de Valdecilla no fué sólo un Hospital y un gran Hospital, sino una Escuela de postgraduados aneja a un gran Hospital. Yo, que estuve al lado de Don Ramón Pelayo en aquellos meses febriles en que gestó su fundación, puedo atestiguar la certera visión que tenía de la necesidad de que nuestros médicos, terminada ya su vida académica, encontraran una organización en la que, los más noblemente ambiciosos, hallaran el complemento de teorías y de prácticas que la Universidad, ni aquí ni en ninguna parte, puede proporcionar.

Este pensamiento presidió su creación de la Escuela de Santander. Eligió, claro está, para regentarla, no sólo médicos competentes, sino maestros; y maestros consagrados ya, por su saber y su vocación, y no extraídos del vago mundo de lo inédito por el necio azar de las oposiciones. Reglamentó los métodos de esta enseñanza, con un espíritu de admirable modernidad, y subven-

cionó copiosamente los modos de información y de creación del espíritu investigador en discípulos y maestros. Por primera vez en España, se alzaba junto al Hospital la Biblioteca, y se atendía la provisión de ésta con una importante cantidad. De la eficacia de este aspecto de la obra de Don Ramón Pelayo nadie podrá dudar. En todo el mundo de habla española, un médico que lleva el diploma de Valdecilla, se sabe ya, sólo por esto, que es un profesional competente y digno, y, en no pocas ocasiones, un maestro.

Pero, a la vez que realizaba esta obra, de exclusiva creación suya, quiso el Marqués de Valdecilla dar el ejemplo de su interés y de su apoyo a la Universidad oficial. La Universidad, en un país cualquiera, se puede discutir; pero se tiene, necesariamente, que respetar y que amar. Don Ramón Pelayo, que no había sido universitario, sentía, sencillamente porque era un gran español, este amor profundo a la Universidad; y cuando le fué concedido el título de Doctor Honoris Causa, en verdad que entre los sabios que le acogieron nadie le aventajaba en merecimientos para ostentar las insignias doctorales, que pueden alcanzarse no sólo investigando, sino también por la ancha vía del amor.

Aún viven, y lo recordarán conmigo, algunos de los que intervinieron en aquella negociación, que también

yo presencié; y ni ellos ni yo, seguramente, podemos evocarla sin emocionarnos. Y esta emoción se ha renovado al leer, ahora, los documentos y las cartas que hubieron de cruzarse entre el que fué ilustre Rector de la Universidad de Madrid, Don José Rodríguez Carracido, y el Marqués de Valdecilla. Bastaron unas líneas del Rector, cierto que patéticas, exponiendo a Don Ramón Pelayo la triste situación material de algunos sectores de la Universidad Central, para que respondiera, al instante, con el gesto pródigo que la Universidad recordará perdurablemente. Sabía Carracido el eco inmediato que habían de tener en el hidalgo de Valdecilla estas palabras: «Como sucesora la Universidad Central de la histórica, gloriosa, Universidad Complutense, al rememorar su pasado esplendor que debiera a la munificencia de su fundador, el Gran Cardenal Jiménez de Cisneros, primero, y a la de Monarcas y Próceres también, no puede menos de sentirse olvidada y doliente de su precaria vida actual».

La respuesta fué tan rápida y tan generosa que hoy, a la distancia de un cuarto de siglo, admira, más aún que la cantidad de la dádiva, el gesto con que la otorgó; gesto lleno de intuitivo sentido de lo que debe ser la Universidad para España, y de lo que esto representa como deber para los españoles. Con razón Carra-

cido, al contestarle emocionado, encomiaba, aún más que «su magnífica esplendidez», «*su amor verdadero* —y lo subrayaba—, *su amor verdadero* a la Universidad».

En verdad, sólo el amor puede impulsar al deber, cuando éste excede los límites rígidos de la obligación y se derrama por el cauce sin orillas de la generosidad. Y ese amor, único en nuestra Historia, que tuvo Don Ramón Pelayo a la cultura de España, es decir, a lo más noble e imperecedero de España, y que simbolizó en la Universidad, sólo se lo podremos pagar con un ilimitado fervor los que somos, ante todo, universitarios.

Con fervor ilimitado, por la rareza del ejemplo; pues de la legión de los poderosos que desde entonces hemos conocido, ninguno se ha decidido a imitarlo; y hoy podemos repetir, como decía el Rector de entonces, que si la vida «de las Universidades del extranjero es despertada con frecuencia por el acicate de cuantiosos donativos para su engrandecimiento, para el desarrollo de sus fines científicos y para la expansión de su labor cultural, estos estímulos, si la Universidad española los experimentó algún día, fué en el remoto pasado, pero no en los tiempos cercanos y menos en los actuales».

Y todo esto, ¿qué otra cosa era, en fin, sino patriotismo? Patriotismo, no declamatorio, sino hecho de

esa entrega ilimitada que sólo se hace posible por el mucho amor. No creo que nadie oyera a Don Ramón Pelayo alharacas retóricas de su devoción a España; pero el menor acto de su vida estaba inspirado en el amor a España. De él nacía, también, su respeto y su disciplina ante el Estado, y ante lo que circunstancialmente lo representaba y regía. En horas de pasión, tuvo, por estas devociones, sus adversarios; pero ahora, desde lejos, comprendemos que esa fué también una lección suya, una lección más, y de las de mayor ejemplaridad. Deber nuestro es reconocerlo así, con toda lealtad, y no sin un punto de contrición.

Tuvo el Marqués de Valdecilla una invencible voluntad: la voluntad que, servida por su natural clarividencia para las realidades de la vida, le sirvió para triunfar; y, lo que es más difícil, para hacerse digno de haber triunfado. Aparte de su obra, que es el mejor retrato de su espíritu, hay en su vida varios episodios que demuestran hasta qué punto fueron sus decisiones normas de hierro, sólo canceladas cuando plenamente se cumplían.

Como todos los hombres dueños de sus decisiones, tenía la religión de la exactitud y de la lealtad; y, en los demás, eran éstas las virtudes que más estimaba. Apenas sin hablar, con la mirada penetrante de

sus ojos, conocía y clasificaba, certeramente, a cuantos acudían a él para servirle, para conocerle o para pedirle alguna cosa, lo cual ocurría muchas veces en cada jornada.

Profesaba, en cambio, un respeto ilimitado a los que sabían bien las cosas que él quería saber. Durante la magna obra de la edificación de la Casa de Salud de Santander, era ejemplar el acatamiento con que oía a los técnicos, sin discutirles jamás.

Pienso, a veces, al recordar todo esto —y hoy más que nunca, evocando su memoria en la Universidad, que él tanto amó—; pienso, en si los españoles fuimos lo suficientemente generosos para pagar su generosidad y su gesto, en la medida a que estábamos obligados. Quizá no; pero no importa, porque estas que parecen ingratitudes, sólo son retrasos en el pago de lo que, al fin, se paga en la moneda justa e imperecedera. Acaso lo que parece olvido, es sólo, muchas veces, gestación de un sublimado reconocimiento.

Yo estoy seguro de que será así; y de que los españoles de mañana tendrán por una de las vidas ejemplares de esta centuria, la del Marqués de Valdecilla. Pero no está de más que nosotros, los que le conocimos, los que hemos visto latir de cerca su gran espíritu, nos apresuremos a proclamarlo, cuando aún está viva su

memoria material, y cuando la Marquesa de Pelayo, mujer extraordinaria que fué su incansable y perspicaz colaboradora, puede oír, renovadas, veinticinco años después, las mismas palabras de gratitud que entonces mereció del Claustro de nuestra Universidad. Y, con ella, el Marqués de Pelayo, el hombre eficaz, ponderado y rebotante de bondad, que comparte sus afanes y su vida.

Al empezar, me refería a mi emoción cuando, en los comienzos de mi actividad profesional y académica, conocí a aquel Don Ramón Pelayo, cuya gesta de triunfos y de generosidades había seguido a través de relatos y de leyendas. Ahora, tras muchos años más, con la mente aquietada por la experiencia y por la lección impagable del dolor, aquella emoción se renueva y acrece, al contemplar en la lejanía la figura y la obra del Marqués de Valdecilla, exenta, como una estatua; como una estatua de las que no se pueden derribar, erguida sobre el fondo de la Historia, que es el tribunal que no se equivoca nunca.



RICARDO GULLÓN: *El destello*. Ilustraciones de Serny. 96 páginas. Madrid, Estades, 1948.

GERARDO DIEGO: *Soria*. Ilustraciones de Pedro de Matheu. 168 páginas. Madrid, Estades, 1948.

JULIÁN MARÍAS: *Ortega y la idea de la razón vital*. Ilustraciones de Juan Antonio Morales. 96 págs. Madrid, Estades, 1948.

JORGE CAMPOS: *En nada de tiempo*. Ilustraciones de Ricardo Zamorano. 72 págs. Madrid, Estades, 1949.

JESÚS PABÓN: *Bolchevismo y Literatura*. (*La novela soviética en sus creaciones típicas*.) Ilustraciones de artistas soviéticos. 208 págs. Santander, Hnos. Bedia, 1949.

GREGORIO MARAÑÓN: *Cajal. Su tiempo y el nuestro*. 120 páginas. Santander, Tip. Resma, 1950.

JOSÉ CADALSO: *Noches lúgubres*. Edición e introducción de Edith F. Helman. 148 págs. Santander, Hnos. Bedia, 1951.

VICENTE ALEIXANDRE: *Desamor*. Ilustraciones de Ricardo Zamorano. (En prensa.)

(Pedidos y suscripciones a: León Sánchez Cuesta. Librero. Serrano, 29, Madrid.)

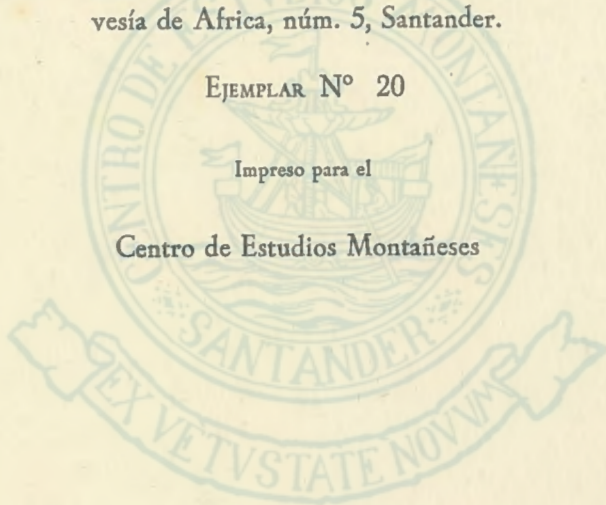


La tirada de esta edición, limitada a 150 ejemplares numerados, todos en papel Bilitis de la Casa Guarro, se ha terminado el 31 de marzo de 1951, en el Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia, Travesía de Africa, núm. 5, Santander.

EJEMPLAR N° 20

Impreso para el

Centro de Estudios Montañeses





Gregorio Marañón: «El Marqués de Valdecilla»

Relación de Suscriptores a la Edición-
homenaje de esta obra, editada por



1. S.S. A.A. R.R. los Condes de Barcelona.
2. S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia.
3. Excmos. Sres. Marqueses de Valdecilla y de Pelayo. Valdecilla (Santander).
4. Excmo. Señor Don Gregorio Marañón. Madrid.
5. Don Pablo Beltrán de Heredia y Castaño. Santander.
6. Excmo. Señor Don José María Gil Robles. Estoril (Portugal).
7. Excmo. Señor Don Pedro Sáinz Rodríguez. Lisboa (Portugal).
8. Don Eugenio Vegas Latapie. Santander.
9. Don Ceferino Aguilera Maruri. Santander.
10. Don Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela. Madrid.
11. Don Ricardo Gullón. Santander.
12. Ilmo. Señor Don Miguel Quijano de la Colina. Santander.
13. Don Alfredo de la Vega-Hazas. Santander.
14. Don Joaquín Lombera Arce. Santander.
15. Don Aurelio G. Cantalapiedra. Torrelavega (Santander).
16. Ilmo. Señor Don Eduardo Pérez del Molino. Santander.
17. Don Santiago Fuentes-Pila. Madrid.
18. Biblioteca Marquesa de Pelayo. Santander.
19. Don Bernardino Cordero Arronte. Santander.
20. Centro de Estudios Montañeses. Santander.
21. Ilmo. Señor Don José Pérez Bustamante. Santander.
22. Don Guillermo Arce Alonso. Santander.
23. Don Pascual de Juan Rodríguez. Santander.
24. Don Emilio Botín-S. de Sautuola y López. Santander.
25. Don José Manuel Riancho Sánchez. Santander.
26. Don José Luis Maruri Gregorisch. Santander.
27. Ateneo de Santander.
28. Don Nicolás de Ceano-Vivas y del Collado. Santander.

29. Don Augusto Navarro Martín. Santander.
30. Don Luis de la Sierra Cano. Santander.
31. Don Enrique Cavayé Hazen. Santander.
- 32-35. Don Emilio Díaz-Caneja. Santander.
36. Don José María Monteoliva Mazariegos. Santander.
37. Don Luis Herrera de Pedro. Santander.
38. Excmo. Señor Don Gabriel Maura Gamazo, Duque de Maura. Madrid.
- 39-42. Excmo. Señor Marqués de Aledo. Madrid.
43. Don Javier González de Riancho y Mazo. Santander.
44. Don Antonio Azpitarte Rubio. Granada.
45. Don Jesús Villar Salinas. Santander.
46. Don Fernando María de Pereda y Aparicio. Santander.
47. Don Jacinto Megías. Madrid.
48. Don José Antonio Cuevas. Santander.
49. Don Miguel A. Sáiz Antomil. Santander.
50. Don Pablo del Río. Torrelavega (Santander).
51. Don Luis Álvarez Hernández. Santander.
52. Don José de Uzcudun y Pérez de la Riva. Santander.
53. Don Valentín R. Lavín del Noval. Santander.
54. Don Manuel Fernández-Oruña. Santander.
55. Excmo. Señor Don Pablo de Garnica. Madrid.
56. Ilmo. Señor Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Santander.
- 57-58. Don Antonio Piga Pascual. Madrid.
59. Don José Luis Alonso de Celis. Santander.
60. Don Jesús Pabón y Suárez de Urbina. Madrid.
61. Excmo. Señor Don Enrique Lafuente Ferrari. Madrid.
62. Don Timoteo Martínez Cires. Valdecilla (Santander).
63. Doña Victoria Fernández Blanco. Valdecilla (Santander).
64. Don Enrique Pereda Barros. Valdecilla (Santander).
65. Don Ramón Quijano de la Colina. Santander.
66. Don Fermín Sánchez González. Santander.
- 67-68. Don Luis de la Puente Campano. Santander.
69. Ilmo. Señor Don Luciano de la Calzada y Rodríguez-Hidalgo. Murcia.
70. Don Juan Ravina Méndez. Las Palmas.
71. Don José María G. Alcalde. Bilbao.
72. Don Juan Herrera. Madrid.
73. Don Jorge Campos. Madrid.
74. Biblioteca Marqués de Valdecilla. Santander.
75. Biblioteca José María de Pereda. Torrelavega (Santander).
76. Biblioteca Conde de San Diego. Cabezón de la Sal (Santander).
77. Biblioteca Jesús de Monasterio. Potes (Santander).
78. Biblioteca Hurtado de Mendoza. Castro Urdiales (Santander).
79. Biblioteca Municipal de Barcena de Pie de Concha (Santander).
80. Biblioteca del Hogar Provincial Cántabro. (Santander).
81. Biblioteca Miguel Artigas. Astillero (Santander).
82. Biblioteca Antonio del Corro. San Vicente de la Barquera (Santander).
83. Biblioteca Municipal de Ramales de la Victoria (Santander).



